

TRADUCCIONES LITERARIAS Y METAMORFOSIS CIENTÍFICAS DE LOS LOROS

Anne-Gaëlle WEBER

Universidad Lille Nord de France

Equipo ANR HC19

Evocar la traducción literaria de un discurso científico o la traducción científica de un discurso literario o estudiar las estrategias de reapropiación por parte de uno de los discursos del otro supone, al menos *a priori*, que las esferas de la literatura y de la ciencia sean percibidas como distintas, incluso como ajenas la una de la otra. Cuando se analiza el papel jugado por los relatos de viajes en la elaboración del discurso de la Historia Natural, desde la segunda mitad del XVIII hasta la primera mitad del XIX, lo menos que se puede decir es que las categorías de lo científico y de lo literario son fluctuantes y que no se le concederá el mismo alcance al relato de viajes según se sea un científico de despacho o un viajero.

El conde de Buffon, que casi no viaja, se sirve abundantemente de las notas y de las observaciones de los viajeros y de los corresponsales del Jardín del Rey para describir las especies; desde el primer tomo de la *Histoire naturelle générale et particulière*, de 1749, Buffon deplora que el ritmo de los descubrimientos geográficos no siga el del progreso de las teorías de la Tierra y exhorta a sus contemporáneos a explorar las tierras australes con el fin de prevenir la elaboración de las teorías imaginarias que excluye en tanto que «fantasías condenables». Oponiendo «fábula» y «Física», reclama las observaciones de los viajeros para definir su propio sistema:

Ce que nous avons à dire au sujet de la terre sera sans doute moins extraordinaire, & pourra paraître commun en comparaison des grands systèmes dont nous venons de parler; mais on doit se souvenir qu'un Historien est fait pour décrire & non pour inventer, qu'il ne doit se permettre aucune supposition, & qu'il ne peut faire usage de son imagination que pour combiner, généraliser les faits, & en former un ensemble qui présente à l'esprit un ordre méthodique d'idées claires & de rapports suivis et vrai-semblables; je dis vrai-semblables, car il ne faut pas espérer qu'on puisse donner des démonstrations exactes sur cette matière, elles n'ont lieu que dans les sciences mathématiques, & nos connaissances en Physique et en Histoire Naturelle dépendent de l'expérience & se bornent à des inductions (1749: 67-68).

Es necesario pues privilegiar las observaciones a partir de las cuales sólo el científico está en condiciones de construir un sistema mediante la inducción. Este reparto de papeles que excluye poco a poco al viajero del campo de la ciencia será reconsiderado y amplificado, desde principios del XIX,

por Georges Cuvier, quien no cesará, a lo largo de los elogios históricos que redacta para la Academia de las Ciencias, de lamentar la confusión que reina en el espíritu de los jóvenes naturalistas entre la reputación de científico adquirida durante los viajes de exploración y la verdadera adquisición de conocimientos en Historia Natural. Cuvier siente incluso, en una carta a Adrien Gilles Camper, en 1800, que el gusto por los viajes que demuestra Alexander von Humboldt haya podido privar a la Historia Natural de descubrimientos importantes: «Humboldt: c'est un homme de beaucoup d'esprit et d'un zèle admirable, mais soyez sûr que des observations multipliées et faites en courant seront bien sûr sujettes à caution. Humboldt, avec son génie et son activité, aurait mieux fait de se fixer dans quelque ville et de travailler plus tranquillement» (apud Coleman, 1963: 477).

Sería posible deducir que el relato de viaje, aunque proporcione al científico observaciones necesarias para la elaboración de sus taxonomías, está definitivamente excluido de la esfera del discurso científico en el cambio del siglo XVIII al XIX. Las cosas, en realidad, son algo más complicadas que todo eso. La Revolución Francesa tuvo por efecto especialmente la exclusión de un cierto número de naturalistas de los bancos del Museo de Historia Natural de París. Hay pues especialistas de Historia Natural que van a continuar ejerciendo sus talentos publicando obras fuera de la vía académica; para un científico, el relato de viaje puede convertirse en el lugar de la reivindicación de su propia autoridad.

En cierta manera, la vehemencia de Cuvier para con los jóvenes naturalistas revela *a contrario* la persistencia de la tradición según la cual un joven adquiere, por los descubrimientos realizados durante sus exploraciones, el estatuto de científico. Conviene también añadir que el recurso a los relatos de viajes extranjeros y, en particular, a los viajes del capitán Cook, es necesario aunque no respondan necesariamente a los criterios franceses de la definición de la Historia Natural y de su discurso. En otros términos, el relato de viaje, entre un siglo y otro, es un campo movedizo en el que se refleja muy bien la separación en curso de las esferas de la ciencia y de la literatura o la voluntad contraria a articular ambos campos. Es sin duda el lugar privilegiado de una elaboración conjunta de criterios de científicidad y de literariedad, al tiempo que un terreno propicio para el estudio de una relativa concurrencia entre la elaboración, por parte de los viajeros científicos, de criterios a la vez poéticos y científicos y la puesta en pie de estrategias conducentes a designar la extrañeza de un discurso con respecto del otro para mejor reconciliarlos o rearticularlos.

El caso de los loros observados por el naturalista Anderson en la isla de Tenerife durante el tercer viaje del capitán Cook, en 1776, es ejemplo de la manera en la que una polémica científica puede traducirse en términos poéticos conducentes, *de facto*, a subrayar las constantes del género del viaje y a renovarlas. Más exactamente, el tratamiento reservado por los científicos-viajeros entre los siglos XVIII y XIX revela a la vez la metamorfosis de una especie natural banal y conocida en signo poético, y la transposición de una polémica científica en términos de querrela poética y literaria. Quizá no se trata tanto aquí de una anexión del discurso literario por parte del discurso científico como de la voluntad de hacer reposar a las constantes poéticas y genéricas sobre preceptos o leyes científicas; está en juego, finalmente, la posibilidad de renovar los géneros literarios mediante la elaboración, gracias a los progresos científicos, de nuevas leyes poéticas. Y ello se traduce en primer lugar en el recurso a

la traducción del texto original inglés que permite tanto una transposición en francés o en alemán como una reescritura, —reescritura que, por su forma misma, se convierte en índice de la predominancia de la teoría científica sobre la poética—.

Desviaciones de traducción

No hay nada extraño en que la traducción a una lengua extranjera de la observación de un naturalista que describe especies ornitológicas sea objeto, desde finales del siglo XVIII, de un cierto número de desviaciones de traducción. Es incluso un lugar común, si se atiende al parecer de los traductores de relatos de viaje que lamentan, como los científicos, que las denominaciones de las especies animales y vegetales no estén unificadas, que se mezclen en los viajes los nombres científicos y los nombres de uso y que ésta gran variación impida que se pueda llegar a un catálogo exhaustivo de las especies. Los Señores Henry y Breton de la Martinière, que traducen en 1819 el relato del tercer y último viaje de Cook, celebran así los avances de la Historia Natural francesa que les ha permitido finalmente dar traducciones en francés de las denominaciones inglesas: «J'ai également donné en français le nom de plusieurs animaux et plantes que les anciens traducteurs avaient été forcés de conserver en anglais, faute de vocabulaires assez étendus» (1819: IX).

Pero el mismo año, Nicolas Dêmeunier, ejecutando a su vez una nueva traducción del mismo texto, lamenta que no exista ningún comendio en el que figuren las correspondencias en todas las lenguas de los nombres de las especies:

J'ai feuilleté vainement les livres qui devaient éclaircir les passages ou les termes obscurs; je me suis vu forcé, en bien des endroits, de me décider d'après mes propres recherches: ainsi, j'ai rencontré dans le cours de ma traduction des noms Anglais de quelques oiseaux que je n'ai pas trouvés dans les ouvrages à ma disposition [...]. Tant qu'il n'y aura point de Dictionnaire où l'on trouve les noms que portent un oiseau, une plante, un poisson, etc. dans le jargon des Matelots, dans celui des provinces particulières, et dans la langue des Naturalistes de l'Angleterre, les Traducteurs seront fort embarrassés. Je ferai remarquer, à cette occasion, qu'un Recueil contenant les termes par lesquels on désigne, dans les diverses langues de l'Europe, les individus des trois règnes de la nature, épargnerait bien des recherches et bien des fatigues aux Savans: je suis étonné qu'on ne l'ait pas encore entrepris (Cook, 1819: III-IV).

Es tanto como decir que la traducción de los nombres de especies naturales no es una simple traslación de una lengua a otra: a ello se añade la concurrencia entre los científicos europeos y la posible puesta en evidencia del retraso de ciertos naturalistas franceses respecto de sus homólogos ingleses. La traducción vale en cierto modo lo que la denominación científica, y la desviación de traducción de un nombre de especie en otro traduce a menudo el privilegio acordado a una taxonomía científica antes que a otra. La cuestión es tanto política como científica: puesto que es necesario traducir los relatos de viajes ingleses que, en materia de exploración geográfica, se han adelantado a los otros viajes europeos, es necesario también ponerse de acuerdo sobre una denominación común o transformar los nombres de especies inglesas en nombres científicos elaborados por los naturalistas franceses con el fin de asegurar la predominancia, en la materia, de la Historia Natural francesa. Toda desviación de traducción es susceptible de revelar la adhesión del traductor o del científico a una teoría

o a un método científico propio y, al mismo tiempo, de participar al éxito de esta teoría o de este sistema anclándolo, *a posteriori*, en los hechos observados por los viajeros.

Pero los loros, bien conocidos desde Plinio por lo menos, no deberían presentar problemas de denominación. Esto parece tanto más cierto cuanto que no se encuentran presentados, bajo la pluma de Anderson, como el resultado de un descubrimiento científico insospechado. En su diario, editado muy tardíamente en 1967 por J. C. Beaglehole, el naturalista Anderson reconocía que no había podido observar con el cuidado necesario las especies naturales de Tenerife y mencionaba a los loros como una especie banal, en la cual merecía poco la pena entretenerse: «As no opportunity offer'd we could not examine the other product of the Country, but in walking out saw some hawks, Parrots, which are natives of the island, the sea swallow or Tern, sea Gulls, Partridges, Wagtails, Martins, Blackbirds, & canary birds in large flocks» (1967: 730). Ciertamente, el lector contemporáneo del tercer viaje de Cook no disponía de ese diario; pero se enteraba, leyendo el relato oficial de la tercera circunnavegación o de su forma abreviada aparecida al año siguiente, de que el capitán cedía el paso, desde la descripción de la pausa en Tenerife, a las observaciones del naturalista y que éste, en el curso de excursiones y paseos, había visto especialmente loros: «In my walks and excursions, I saw some hawks, parrots, which are natives of the island, the sea swallows, martins, blackbirds, and Canary-birds in large flocks» (1784: 25).

La información ha podido parecer incluso tan banal y tan poco digna de interés que las múltiples versiones abreviadas inglesas del viaje de Cook que florecieron a partir de la aparición del relato de viaje oficial prefirieron ignorar que el discurso del capitán dejaba paso al del naturalista y atribuyeron las observaciones naturales a una voz general e indeterminada: «Some hawks and parrots were seen, which were natives of the island; as also the sea-swallow, sea-gulls, partridges, swallows, canary-birds and black-birds» (1793: 12). Pero esta abreviación en apariencia anodina del texto original contribuye también a hacer pasar por verdadera (pues generalmente observada por todo el mundo) lo que sólo era una observación particular. Y el lector que no hubiera tenido a su disposición más que esta versión del texto de Cook podría leer en él la prueba irrefutable —admitida por la opinión común general— de la existencia de loros en Tenerife.

No es del todo anodino citar de entrada aquí, antes de cualquier análisis de traducción, las numerosas versiones originales que existen del relato del tercer viaje de Cook. Además de ser uno de los relatos del más grande navegante de todos los tiempos, el tercer viaje tenía la ventaja, a los ojos de los lectores ávidos de las aventuras de Cook, de contener la historia de la muerte del capitán; ello contribuyó de manera decisiva a su éxito y a la multiplicación de las ediciones abreviadas del texto. El relato de la tercera circunnavegación del capitán no es un texto atribuido a un autor; es una multitud de textos revisados por editores y que llevan por título común *Voyage to the Pacific Ocean*. Sucede sin embargo que las traducciones francesas o alemanas inmediatamente contemporáneas del viaje de Cook son principalmente traducciones del viaje oficial y de su resumen oficial. Y, en cierto modo, las diferentes versiones escritas de las observaciones de Cook ponen ya el acento sobre aquello que va a

resultar problemático para los traductores o, al menos, sobre lo que va a conllevar elección e interpretación por su parte.

La observación original de Anderson es pues *a priori* banal y no se deduce de ningún examen científico de los componentes naturales de la isla. La primera traducción francesa del relato completo y de su resumen (que, en lo que se refiere a los loros, son idénticos) señala fielmente la diferencia que puede existir entre una descripción naturalista y las «impresiones» del viajero que rellena los vacíos del relato con la lista de especies banales: «Dans mes différentes promenades, j'apperçus de grandes quantités de faucons, de perroquets qui sont indigènes, d'hirondelles de mer, de mouettes, de perdrix, de bergeronnettes, d'hirondelles, de martinets, de merles et de serins» (Cook, 1785: 18). Y la primera traducción alemana en 1786 del viaje de Cook parece ser una traducción del texto francés, al cual guarda aparentemente fidelidad: «Ich bekam auf meinen streunerenden Fahrten Papagayen, Seeschwalben, Fregatten, Rebhüner, Bachstelzen, Landsschwalben, Mauerschwalben, Amseln, und zahlreiche haufen von Kanarienvögeln zu Gesichte» (Cook, 1786: 11). Las dos traducciones hacen del naturalista un paseante y el texto francés intensifica la prudencia del texto inglés al indicar que el científico no ha visto verdaderamente las especies mencionadas, sino que simplemente las ha «percibido».

Aparecen, sin embargo, entre el original y esas dos traducciones, un cierto número de transformaciones: si el traductor alemán respeta las cantidades mencionadas por Anderson (el naturalista ha visto canarios «en amplias bandadas»), el traductor francés refiere la indicación cuantitativa al conjunto de la lista: Anderson ha visto una gran cantidad de pájaros de todo tipo. El traductor alemán, por otra parte, omite mencionar lo que, en el discurso original, distinguía a los loros de las otras especies: Anderson precisa que «los loros son indígenas» al tiempo que no se entretiene sobre el origen de otras especies aparentemente comunes a Europa y al continente africano. Añadamos que reina de entrada una cierta indeterminación, en las primeras traducciones francesa y alemana, sobre los nombres de uso de las especies que, en la lista compuesta por Anderson, acompañan a los loros.

Desde los años 1786 a 1825 se suceden en Francia al menos seis reediciones del «Troisième Voyage de Cook»: l'*Abrégé de l'Histoire générale des voyages* de Jean-François de Laharpe da una primera traducción del texto en 1786, vuelve a reproducir la carta en la reedición de 1816 y pretende dar al relato una nueva traducción francesa en la reedición de 1825 del *Abrégé*. Entremedias, los Señores Henry et Breton de la Martinière han compuesto un nuevo relato del viaje de Cook para la «Bibliothèque portative des voyages» en 1817 y la traducción revisada de Dêmeunier (que había sido ya el traductor del viaje para el *Abrégé* de Laharpe) aparece como volumen en 1819.

En su conjunto, esas traducciones sucesivas acentúan las desviaciones perceptibles desde un comienzo. Las gaviotas, en función de las traducciones sucesivas dadas en el *Abrégé*, se convierten en «goélands» y los *canary birds*, convertidos en «oiseaux des Canaries» en las ediciones de 1786 y de 1816 de Laharpe se transforman en 1825 en «oiseaux des Canaries ou serins» (1786: 17; 1816: 16), como para uniformizar las denominaciones. Pero las desviaciones de traducción más numerosas y repetidas conciernen en particular a la manera de contar el principio de las observaciones de Anderson

y el final. Ciertos traductores insisten sobre los «paseos», otros sobre las «excursiones» o sobre los recorridos que son al menos observaciones con objetivo científico. Todos oscilan entre el hecho de que Anderson haya visto o sencillamente percibido loros. En 1811, en la pluma de Henry et de Breton, la observación del naturalista, en su principio, se transforma en esto: «Dans une excursion, j'aperçus quantité de faucons, de perroquets qui y sont indigènes» (Cook, 1817: 9). Si la primera traducción del resumen de Laharpe, reproducida en 1816, indica: «Dans mes promenades et mes courses, je vis des faucons, des perroquets, des hirondelles de mer» (1786: 17), el original en 1825 se convierte en: «Dans mes promenades, je vis des faucons, des perroquets, des hirondelles de mer [...] et des troupes nombreuses d'oiseaux des Canaries ou serins» (1825: 241). Y Nicolas Démeunier parece haber seguido en 1819 el ejemplo de Laharpe al escribir: «Dans mes promenades et mes courses, je vis des faucons, des perroquets, des hirondelles de mer [...], et des troupes nombreuses d'oiseaux des Canaries» (Cook, 1819: 26).

Reducir los paseos y las excursiones de Anderson a simples paseos o a una única excursión podría parecer anecdótico si en ello no se dirimiera una interpretación tocante tanto a la recurrencia de las observaciones de Anderson como a su grado de certeza. El científico que se contenta con percibir un pájaro en el curso de un paseo en el que su atención puede estar distraída ciertamente no da cuenta de la existencia de las especies observadas. Con una simple actitud errante, el científico no pretende abarcar las especies naturales, sino que deja errar su mirada sobre el paisaje. El «yo vi», acompañado de la mención de numerosos paseos, confiere a la observación un tono claramente más asertivo y a la lista un carácter exhaustivo: la enumeración vale como recapitulación de todo lo que el científico ha visto en el curso de numerosos paseos.

A ello se añade la desaparición casi sistemática, a medida que pasamos de una a otra traducción, de la condición indígena de los loros y las fluctuaciones que conciernen al número de volátiles observado. No es lo mismo percibir en un lugar un pequeño número de loros o verlos en amplias bandadas: en un caso, las volátiles pueden estar sólo de paso; en el otro, se han instalado en la isla y se han convertido en una especie «banal». Del mismo modo, sugerir que los loros son «indígenas» es tanto como decir que se trata de una especie común desprovista de todo anclaje geográfico; el loro caracteriza la fauna del archipiélago de Canarias tan poco como el mirlo común.

Las traducciones de la observación original de Anderson, a lo largo de la primera mitad del XIX, se caracterizan todas por un cierto número de desviaciones que inciden, aun sin voluntad de ello, sobre el estatus, científico o no, que hay que dar a las observaciones del naturalista, a la naturaleza de los objetos descritos (especie propia o no) y a la importancia de los descubrimientos logrados (¿Anderson descubre acaso una nueva especie de loros?). Quizá sea exagerado ver dibujarse en las desviaciones de traducciones —que son obra de traductores que no son al tiempo naturalistas— signos de polémicas científicas. Pero, al menos, parece posible sugerir que, para quien lee una u otra traducción en francés o en alemán del texto original del tercer viaje de Cook, las observaciones ornitológicas de Anderson pueden revestir sentidos extremadamente diferentes. Y, cuando esos lectores son científicos que se

preocupan sobre todo de ornitología, se puede comprender que una banal descripción pueda ser objeto de críticas severas, poéticas o científicas.

De la traducción a la transformación

Entre los viajeros que hicieron etapa en Tenerife y que lo relataron, desde 1784 (fecha de la aparición del viaje oficial de Cook) hasta 1840 y hasta el final de las grandes circunnavegaciones, tres autores se hacen notar por el lugar que destinan en su propio relato a la observación de Anderson y por el tratamiento que le dan.

Jacques-Julien Houtou de la Billardière acompaña como naturalista a la expedición de Entrecasteaux en busca de Lapérouse, de 1791 a 1794; en 1799, publica *Relation du voyage à la recherche de La Pérouse*. Al abordar Tenerife, el viajero consagrado muestra un interés muy particular por el número de conventos, se detiene sobre el inevitable canario y concluye la descripción en estos términos:

Les oiseaux appelés canaris sont très communs dans les régions inférieures de ces montagnes; ils sont tous d'un brun mélangé de diverses couleurs, et leur plumage n'est pas aussi beau que dans l'état de domesticité. Des voyageurs ont assuré qu'il se trouvait dans l'île une espèce de perroquet qui y est indigène. Je n'en ai jamais rencontré dans aucune de nos excursions, et plusieurs habitants dignes de foi m'ont dit que cette assertion était dénuée de fondement (1799: 28).

De crear al ciudadano Labillardière, numerosos viajeros, desde Cook, han asegurado al igual que Anderson que habían descubierto una especie de loros indígenas en la isla de Tenerife. Y el naturalista francés se sirve de la primacía de la observación para denunciar como falsas las anotaciones de sus predecesores sobre los que es fácil suponer que se han contentado sin duda con copiar lo que otros habían escrito antes.

Poco tiempo después de la publicación del relato de viaje de Labillardière, el zoólogo francés Jean-Baptiste-Geneviève-Marcellin Bory de Saint-Vincent publica a su vez los *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide ou Précis de l'histoire générale de l'Archipel des Canaries*, compuesto en buena parte por el relato de su viaje en compañía del capitán Baudin. El científico cierra su descripción de los componentes naturales de la isla de Tenerife con un comentario sobre las observaciones de Anderson y de Labillardière: «M. Anderson, dans le troisième voyage de Cook, ne dit pas seulement qu'il y a des perroquets à Ténériffe, mais assure en avoir vu; Labillardière, plus véridique, et des habitants du pays m'ont assuré qu'il n'y en avait jamais eu d'aucune espèce» (1802: 352-353). Curiosamente, el científico ignora que Labillardière ha atribuido la mención de tales loros a «varios viajeros» y da como fuente solamente a Anderson, que se convierte en la encarnación misma del falso científico opuesto a Labillardière, «más verídico».

Bien mirado, la refutación misma es curiosa en el sentido de que reposa menos sobre una observación personal que sobre una lucha entre varias autoridades científicas. Sin embargo, Bory de Saint-Vincent ha afirmado, en el prefacio a sus *Essais*, que sólo consideraba lo que había visto, y que citaba siempre sus fuentes «pour ne pas demeurer responsable du moindre fait qui ne serait pas assez

appuyé» (1802: 5). Parece pues que aquí, al acusar a Anderson de hacer pasar por verdadero algo no demostrado, Bory de Saint-Vincent no está sino repitiendo lo que considera como verdad sin por ello apoyarse en hecho alguno.

Aún más curiosamente, Bory de Saint-Vincent acentúa con especial aplomo el grado de certeza de la observación original de Anderson —«no sólo dice sino que asegura haber visto»— imponiendo así, con bastante mala fe, una reescritura del texto del naturalista inglés. Y ello es tanto más notable cuanto que Bory de Saint-Vincent en general no duda, cuando se trata de pillar en falta a un científico o a un viajero, en mostrar que no se refiere al texto original y que propone su propia traducción. Por lo menos es así como procede cuando se trata de enfrentarse a la autoridad de Cook haciendo mofa de lo que el capitán inglés parece que se atrevió a decir del buen gusto francés:

En général les habitans aisés du port ont adopté plusieurs manières anglaises; les hommes se mettent cependant à la française, parce qu'ils ont reconnu que le goût est inséparable de notre nation, et ils nous ont rendu une justice que nous ne rendait pas M. Cook. Ce voyageur ne néglige jamais une occasion de nous critiquer. On lit dans son troisième Voyage, *que les habitans de Sainte-Croix sont assez décens, à l'exception de leur manière de se mettre, qui est celle des Français*. Si c'était un autre que Cook qui eût écrit cette phrase, on la trouverait au moins impertinente; mais le temps n'est pas venu, et le navigateur breton passe encore pour infaillible (1802: 241).

El recurso a la traducción y los comentarios que la rodean revelan con bastante claridad los presupuestos políticos que conducen la refutación científica de los escritos de los viajeros ingleses. Bajo la apariencia de dar fundamento veraz a la refutación, la traducción original —que se supone manifiesta, mediante la cursiva, el más absoluto respeto por el texto inglés— se inscribe en realidad dentro de un comentario que es tanto político como científico. Y lo que vale para Cook, al que Bory de Saint-Vincent atribuye aquí equivocadamente la descripción de la vestimenta de los habitantes de Tenerife realizada por Anderson, vale también sin duda para su naturalista.

Las referencias a Anderson son en efecto muy numerosas en el texto de los *Essais sur les Isles Fortunées* y están invariablemente acompañadas de críticas ofensivas sobre la incompetencia del supuesto naturalista. En el momento de la reescritura crítica de anteriores viajes, se dirime manifiestamente una lucha entre las autoridades científicas; bajo apariencia de reescritura, Bory de Saint-Vincent reivindica su propio estatus de científico sirviéndose de Anderson como contrapunto. Lo demuestra significativamente la adopción por parte de Bory de Saint-Vincent de una descripción hecha por Anderson de un té que supuestamente crece en Canarias:

Dans le troisième Voyage de Cook, M. Anderson assure que le thé croît abondamment aux Canaries. Un agriculteur du pays lui apprend même que cet arbuste était la mauvaise herbe, et qu'on l'extirpait avec soin. Des gens plus instruits que l'agriculteur de M. Anderson m'ont assuré, au contraire, qu'il n'y avait pas de thé aux canaries; et il paraît que le naturaliste anglais, qui ailleurs a pris les cacalies pour des tithyales, a confondu le genêt dont il est question avec le thé, avec lequel il n'a pourtant aucune espèce de rapport (1802: 348).

No sólo pues el científico inglés no es competente, sino que además llena su relato de viaje con informaciones de segunda mano que han sido por otra parte tomadas prestadas a incompetentes, y lo hace allí donde la regla exigiría que se atuviera a lo que ha visto y ha observado. El relato de viaje se

convierte entonces en el lugar de la repetición, incluso mentirosa, antes que en el de la descripción, y deriva hacia la ficción: se podría imaginar que un viajero científico no viaja sino que se contenta con reescribir lo que otros han escrito y han observado antes.

Tal cosa es al menos sugerida por la manera en que Alexander von Humboldt se refiere, a su vez, en el primer tomo de la *Relation historique* de su viaje, en 1814, a los loros vistos por Anderson. Esos loros surgen en medio de la descripción entusiasta del canto de los canarios, frente a los que el científico se encuentra en posición de esteta más que de naturalista:

Mais, de tous les oiseaux des îles Canaries, celui qui a le chant le plus agréable est inconnu en Europe: c'est le Capirote qu'on n'a jamais pu apprivoiser, tant il aime sa liberté. J'ai admiré son ramage doux et mélodieux, dans un jardin de l'Orotava, mais je ne l'ai pas vu d'assez près pour prononcer à quel genre il appartient. Quant aux perroquets que l'on croit avoir aperçus lors du séjour du capitaine Cook à Ténériffe, ils n'ont jamais existé que dans le récit de quelques voyageurs qui se copient les uns les autres. Il n'y a ni perroquets, ni singes dans les îles Canaries: et, quoique dans le Nouveau Continent, les premiers fassent des migrations jusqu'à la Caroline Septentrionale, je doute que dans l'Ancien on en ait rencontré au nord du 28° de latitude boréale (1970: 145).

La mención de esos famosos loros inexistentes, tanto en el texto citado como en el contexto más general de la *Relation historique* de Alexander von Humboldt, tiene algo de extraño y enigmático.

De entrada, esos volátiles introducen una ruptura de tono en las palabras del científico: si en ese momento se está dejando llevar por la apreciación estética de las delicias de los jardines de la Orotava tan a menudo comparados por los viajeros con las «Islas encantadas», los loros «entrevistos» durante el viaje de Cook devuelven bruscamente al científico a su papel; la frase se convierte en asertiva y categórica, y la inexistencia de esos loros, probada por la medida matemática del límite de las migraciones, parece demostrada a los ojos del naturalista. La repetición de la constatación inicial «nunca han existido» como «no hay ni loros ni monos» es incontestable y traduce una cierta vehemencia polémica que no es apropiada en medio de la contemplación de un paisaje idílico.

Alexander von Humboldt —que conoce sin duda el relato de viaje de Cook y que se jacta, tal y como lo asevera a menudo en su *Relation historique*, no sólo de no repetir lo que otros ya han dicho sino también de citar siempre con exactitud sus fuentes— omite aquí toda nota y finge ignorar que la observación original de los loros se debe a Anderson. La descripción inicial de los volátiles está en cierto modo convertida en anónima antes de ser difundida por la pluma de los viajeros-copiadores que, extrañamente, no son ni citados ni identificados. Simples pájaros, entrevistados por un científico de paseo, se transforman, bajo la pluma del naturalista Alexander von Humboldt, en un lugar común ficticio repetido de relato de viaje en relato de viaje. Y esos volátiles encarnan de manera significativa la tendencia que tienen los viajeros a repetir lo que los otros han dicho ya sin verificar las palabras de sus predecesores: los verdaderos loros son aquí los viajeros anónimos. Y el relato de viaje, practicado por falsos científicos, parece poder reducirse a un cuadro poético, genérico y temático preestablecido, susceptible de ser aplicado a cualquier objeto y que no es ya garante de la veracidad de las declaraciones de los viajeros.

Pero la paradoja es entonces que Humboldt, denunciando a los viajeros-copiadores, hace exactamente lo que les reprocha. Y lo mismo que Humboldt hacen también La Billardière y Bory de

Saint-Vincent. Pues ningún viajero, desde Cook hasta Humboldt, ha mencionado la existencia de loros en Tenerife. Los viajeros-copiadores denunciados por Labillardière y por Humboldt no existen, pues. Sin embargo, se puede suponer que Bory de Saint-Vincent ha copiado, en lo que concierne a los loros, el relato de Labillardière y que Humboldt mismo ha copiado también lo que habían escrito Labillardière y Bory de Saint-Vincent, cuyos relatos son a menudo citados en el curso de la *Relation historique*. De ahí que los loros no sean los que han constatado equivocadamente la existencia de loros en Tenerife, sino los que declaran que los loros no existen.

¿Qué es posible deducir de esta inversión de la situación? Se podría suponer que lo que condenan viajeros científicos como Labillardière, Humboldt y Bory de Saint-Vincent no es tanto el uso de la copia en el relato de viaje como el recurso a la mala copia: los viajeros científicos son los que saben de la necesidad de copiar a veces descripciones de territorios conocidos y los que no ceden a esta necesidad si no es a condición de haber verificado las declaraciones de viajeros anteriores. Si ellos no están en condiciones de verificar la validez de las observaciones anteriores, pueden al menos juzgar su pertinencia preguntándose si esas observaciones son incompatibles con las teorías elaboradas por los científicos y los naturalistas contemporáneos; el límite geográfico citado *in extremis* por Alexander von Humboldt para negar definitivamente la posibilidad de percibir loros en Tenerife lo demuestra.

Es posible, en efecto, que un viajero científico no esté en condiciones de decidir sobre la verdad de las descripciones hechas por sus predecesores. Y ello afecta particularmente a la observación de los pájaros susceptibles de migrar: Anderson visita Tenerife desde el 1 al 4 de agosto 1776; Labillardière permanece en la isla durante diez días, del 13 al 23 de octubre de 1791; Humboldt hace escala en la isla de Tenerife entre el 19 y el 25 de junio de 1799; y Bory de Saint-Vincent reside principalmente en Santa Cruz desde el 2 al 13 de noviembre de 1800. Ni las estaciones ni los años coinciden. Hay que añadir además que la brevedad de la estancia en Tenerife a menudo impide a los naturalistas recorrer la isla en su conjunto. Y estas coerciones temporales y geográficas explican sin duda el recurso a los relatos de viajes antiguos para completar lo que no se ha tenido casi tiempo de ver.

Sin embargo, lo que esas coerciones no pueden explicar es el carácter perentorio de las afirmaciones tocantes a la existencia o no de los loros vistos por Anderson. La imposibilidad de quedarse largo tiempo en la isla debería implicar, por parte de los naturalistas, la máxima prudencia. ¿Cómo Anderson puede afirmar que los loros entrevistados son «indígenas» si no se ha quedado más que tres días en la isla? La única respuesta posible es que el naturalista esté haciendo pasar por observación lo que es una repetición de un testimonio indígena. De la misma manera, ¿cómo Labillardière, Bory de Saint-Vincent ou Humboldt pueden negar que haya loros en esas partes de la isla que algunos de ellos no han visitado? ¿Por qué, sobre todo, elegir a esos volátiles —que no son *a priori* más que objeto de una observación banal— con el fin de demostrar tanta vehemencia tratando de desacreditar la autoridad de un científico para mejor hacer valer la propia? ¿Por qué denunciar así una práctica de la copia que no existe y que Labillardière, Humboldt y Bory de Saint-Vincent inventan denunciándola, como para mejor fijar su uso y reglas?

Los loros de Anderson padecen, pues, en los relatos de los tres naturalistas, un cierto número de reescrituras y de metamorfosis: de simples volátiles observados por un científico particular, se convierten en el síntoma de la tendencia que tienen ciertos viajeros a otorgar en sus relatos la primacía a la copia más que a la observación. Más fundamentalmente, designan al relato de viaje como un género literario (los loros son, entre otros, un tema «preestablecido» cuando se aborda Tenerife) reductible a un cierto número de constantes temáticas y formales. Se puede de este modo comprender, sin por ello resolver completamente el enigma, una de las razones por las que los loros despiertan la cólera de Labillardière, Humboldt et Bory de Saint-Vincent: para ellos como para nosotros, los loros son un objeto signifiante y designan metafóricamente, de manera evidente, la práctica de la repetición y de la copia.

Otro punto común a los tres comentarios críticos de los loros de Anderson es la manera de hacer que se encuentren, en el momento de hablar de ellos, la observación científica y la poética del texto. Parece como si en esta referencia a los loros se estuviera dirimiendo la autoridad científica del naturalista. Más exactamente, parece que los tres viajeros científicos se preguntan sin decirlo sobre el valor científico de una práctica de escritura y tratan de responder a la cuestión de si la práctica de la copia, inherente al género del viaje, es compatible o no con el objetivo científico del texto. La reescritura o la copia se convierten entonces en preceptos poéticos susceptibles de traducir o, al contrario, de traicionar, el valor científico del relato de viaje.

La traducción poética de preceptos científicos

Quizá es posible ir aún más lejos al sugerir que la puesta en evidencia de constantes poéticas, por parte de los científicos, tiene valor de toma de posición científica, manifiestamente polémica. Sería necesario entonces admitir que la constatación de la existencia de los loros en Tenerife podría poner en cuestión un cierto número de leyes o de preceptos científicos y que en algunos casos, quizá, al viajero científico le conviene repetir lo que otros han dicho ya para dotar a una observación particular del valor de ley general a fin de justificar mejor *a posteriori* una teoría científica.

En otros términos, en torno a los loros se estarían jugando tanto la cuestión de la articulación, en el campo literario, entre ficción y descripción como la de la articulación, en el campo científico, entre observación y teoría. Y podría ser incluso que la repetición de lo mismo (sin la menor distancia crítica) coincidiera exactamente con un cierto número de presupuestos científicos; quien acepta que un viaje repita lo que a años de distancia otros han visto, acepta también quizás considerar que la naturaleza contiene un número fijo de especies; quien sostiene que toda descripción de una especie merece ser matizada defiende también quizá una posible transformación de las especies, incluso una creación de especies nuevas. Bien mirada, la declaración final de Humboldt según la cual los loros no pueden migrar por encima de 28° de latitud boreal consiste no sólo en negar que Anderson haya podido percibir en Tenerife loros migrando, sino también y más fundamentalmente en negar que la isla pueda albergar especies de loros «indígenas».

De hecho, hay que reconocer que los pájaros y, en particular los loros, han jugado un papel particular en las querellas que se levantaron en Europa, desde la segunda mitad del siglo XVIII, entre los partidarios del «transformismo» y los de la «fijación».

Como recuerda Paul Lawrence Farber, la ciencia ornitológica emerge como tal en los años 1760, con la publicación de la *Ornithologie* de Mathurin-Jacques Brisson en 1760, pronto seguida, en 1770, de la de la *Histoire naturelle des oiseaux* del conde de Buffon (Farber, 1982). Muy rápidamente se enfrentan en ese campo científicos franceses y científicos ingleses como John Latham o Thomas Pennant que aprovechan considerablemente las cosechas ornitológicas traídas por las primeras circunnavegaciones del capitán Cook. Los diferentes volúmenes de la *Histoire naturelle des oiseaux* son redactados a partir de 1766 por Philippe Guéneau de Montbeillard y por el abate Gabriel Bexon. Pero en el momento de abordar a los loros en el tomo VII de la obra, Buffon reivindica la paternidad de su texto, al mismo tiempo que rinde homenaje a sus ayudantes. Quiere ello decir que tratar de los loros hacia 1810 es todavía, para un científico francés, hacer necesariamente referencia de manera más o menos implícita a Buffon.

Los loros no son cualquier volátil. Son incluso, para Buffon, una especie privilegiada para construir una nomenclatura que se deriva directamente de sus características generales: la constatación según la cual no se encuentran las mismas especies en el Viejo y en el Nuevo Continente permite así al científico dividir de entrada su obra en dos grandes clases consagradas a los loros del Viejo Continente y a los loros del Nuevo. Una de las dificultades de la clasificación en taxonomía es determinar el origen geográfico de las especies sin confundirlo con espacios de migración y distinguir entre las diversas variedades. Buen conocedor de *Voyage à la Nouvelle Guinée* de Pierre Sonnerat, publicado en 1776, el naturalista, en la *Histoire naturelle des oiseaux*, constata que no solamente el género de los loros es más «variado», sino también que sus variaciones son, por el color de los volátiles, inmediatamente perceptibles. Parte asimismo del principio de que los loros tienen un vuelo pesado y no llevan a cabo largas migraciones, lo que facilita considerablemente la determinación de su origen geográfico.

De las observaciones del viajero en Guinea, Buffon extrae pues una regla:

Aucun [des perroquets] qui ne peuvent supporter la rigueur des climats froids, n'a pu passer d'un continent à l'autre [...]. Il en est de même des oiseaux qui, comme les perroquets, ne peuvent vivre et se multiplier que dans les climats chauds; ils sont, malgré la puissance de leurs ailes, demeurés confinés, les uns dans les terres méridionales du nouveau monde, et les autres dans celles de l'Ancien, et ils n'occupent dans chacun qu'une zone de vingt-cinq degrés de chaque côté de l'Équateur (1779: 53; 1782: 66).

En 1776, Sonnerat había añadido incluso otra condición:

Une observation très digne de remarque, et bien difficile à expliquer, c'est que tandis qu'on trouve dans le Continent les mêmes espèces de perroquets à de grandes distances, tandis qu'elles s'y étendent très-loin, et y occupent beaucoup d'espace, chacune des Isles, où l'on trouve des perroquets, nourrit une ou plusieurs espèces de ce genre, qui lui sont propres, et qu'on ne trouve point dans les autres Isles du même Archipel, quelque peu de distance qu'il y ait les unes aux autres (1776: 74-75).

Si se aplican estos dos principios generales a los loros de Tenerife, se evidencia entonces que ningún loro puede existir en la isla. Tenerife está situada a 29° del Ecuador, es decir, por debajo del límite geográfico fijado por Buffon para el desarrollo y la migración de los loros. Y la observación de Sonnerat nos permite añadir que la única condición bajo la cual podría admitirse que Anderson haya visto loros es que esos volátiles fueran una especie indígena de la isla, asunto que desmiente la ley elaborada por Buffon.

Sucede que esta ley ha sido ya violentada y puesta en peligro por observaciones de viajeros ingleses. Más concretamente, algunos pájaros observados por el naturalista Forster que acompañaba a la segunda expedición del capitán Cook estuvieron a punto de anular la ley fijada por Buffon.

En efecto, Georg Forster se ha atrevido a contar en el *Voyage round the World in His Britannic Majesty's Sloop 'Resolution', Commanded by Captain James Cook, during the Years 1772, 3, 4 and 5*, que la Bahía de Dusky, en Nueva Zelanda, alberga diversas especies de loros:

The land-birds were hawks, parrots, pigeons, and many lesser ones of new and unknown species. The parrots were of two sorts; one small and green, and the other very large, greyish-green, with a reddish breast. As the birds of that genus are commonly confined to the warmer climates, we were much surprised to find them in the latitude of 46°, exposed to the raw rainy weather, which the height of the mountains almost constantly produces in Dusky Bay (1777: 159).

Y lo peor es que Anderson, algunos años más tarde, confirmará la observación de Forster.

Pero Buffon, completamente al cabo de esta observación, rechaza con un soberbio gesto de autoridad todos los testimonios de los viajeros (ingleses) que puedan contradecir el principio que él ha elaborado:

Telles sont les terres voisines du détroit, où l'on suppose pourtant que quelques Navigateurs ont vu des perroquets. Ce fait consigné dans l'ouvrage d'un Auteur respectable (i) nous eût paru étonnant, si en remontant à la source, nous ne l'eussions trouvé fondé sur un témoignage qui se détruit de lui-même: c'est le navigateur Spilberg qui place des perroquets au détroit de Magellan, près du même lieu, où peu auparavant il se figure avoir vu des autruches (k); or, pour un homme qui voit des autruches à la pointe des terres Magellaniques, il n'est point trop étrange d'y voir aussi des perroquets. Il en est peut-être de même des perroquets trouvés dans la nouvelle-Zélande, et à la terre de Diemen, vers le quarante-troisième degré de latitude australe (m) (1782: 211).

Las dos últimas notas reenvían al segundo viaje de Cook.

Este primer enfrentamiento dialéctico entre científicos franceses y viajeros ingleses, a golpe de loros, no deja de tener interés para nuestro propósito. Explica, de un lado, por qué los viajeros franceses o los que viajaban por cuenta del Muséum pueden estar particularmente atentos a las observaciones que se refieren a los psitácidos en los viajes de Cook. Muestra asimismo que también un científico puede recurrir al argumento de la copia para desacreditar el testimonio de viajeros: los viajeros ingleses copiaron y mintieron, a tenor de lo que dice Buffon. Da cuenta, finalmente, de una extraña inversión: se supone que los relatos de viajeros, ya sean ingleses o franceses, han de proporcionar a los científicos de despacho observaciones particulares a partir de las cuales van a generalizar y formular leyes de repartición y de definición de las especies.

En el caso de los loros de Cook, el científico de despacho rechaza la observación como perteneciente a la ficción y erige el principio que él mismo ha elaborado como verdad. La teoría científica o la taxonomía se convierten en el marco estructurante del relato de viaje. Pero, al mismo tiempo y contrariamente, los viajeros pueden inventar una realidad para mejor justificar retrospectivamente la teoría supuesta. Negar la existencia de los loros en Tenerife, cuando se es un viajero que ha pasado poco tiempo en una isla, puede parecer abusivo, a menos que se trate de fabricar con ello un *exemplum* puesto al servicio de una teoría científica. El argumento de la copia no es ya el índice poético de una reflexión sobre las reglas y los usos de la reescritura del género del relato de viaje; es el signo de la predominancia de ciertas teorías científicas y de su alcance eminentemente polémico.

No se trata de afirmar aquí que Humboldt ou Bory de Saint-Vincent quieren defender a toda costa las reglas ya antiguas elaboradas por Buffon. En lo que se refiere a los loros, se cruzan sin duda a la vez la voluntad de inscribirse en la línea de los escritos de Buffon y de separarse de los partidarios de la ciencia inglesa y el deseo de ilustrar los progresos de la Historia Natural en los cuales los dos científicos participan. Pues detrás del aspecto anecdótico de la querrela entre Buffon y Forster se ocultan problemáticas científicas más fundamentales: el interés del loro es sobre todo que permite distinguir entre lo que Buffon llama las «variaciones» y las especies, y la posibilidad, para una especie dada, de «variar» se encuentra ya en el corazón de las preocupaciones de Buffon antes de convertirse en uno de los aspectos fundamentales de la Historia Natural de la primera mitad del siglo XIX. Sin duda, no es demasiado sorprendente, tal y como señala Pietro Corsi, que los partidarios del transformismo, siguiendo con ello el ejemplo de Lamarck, hayan elegido ejemplos sacados de la ornitología para defender la idea de la posibilidad de la transformación de las especies.

Humboldt, ciertamente, no es uno de los defensores del transformismo. Lo que esencialmente conserva de la refutación de los loros de Anderson es la necesidad de fijar límites geográficos a las migraciones de las especies para reflexionar mejor sobre lo que llama las variedades y las formas típicas. En la *Relation historique*, Alexander von Humboldt establece así los hitos principales de lo que más tarde será la «biogeografía», a la que da un cuerpo teórico. En 1845, en *Kosmos*, el naturalista alemán define en estos términos la disciplina que ha practicado y sus desafíos:

Die Fülle der Organismen, deren räumliche Vertheilung die Geographie der Pflanzen und Thiere verfolgt, wird entweder nach der Verschiedenheit und relativen Zahl der Bildungstypen, also nach der Gestaltung der vorhandenen Gattungen und Arten, oder nach der Zahl der Individuen betrachtet, welche auf einem gegebenen Flächenraume einer jeden Art zukommt. Bei den Pflanzen wie bei der Thieren ist es wichtiger Unterschied ihrer Lebensweise, ob sie isoliert (vereinzelt) oder gesellig lebend gefunden werden (2000: 333).

Así pues, si Humboldt no se interesa por el origen de las especies sino más bien por su repartición y por la influencia de la naturaleza indígena sobre su variación, Bory de Saint-Vincent es, por su parte, uno de los zoólogos franceses que más han contribuido a difundir las ideas de Lamarck, especialmente con su participación en el *Dictionnaire classique d'histoire naturelle*, de 1822 a 1833. Ciertamente, el relato de su viaje a las islas de África es muy anterior a estas tomas de posición teórica, pero es posible

discernir —sin demasiada ilusión retrospectiva— las líneas de las teorías transformistas en la elección que hace confundiendo el relato de viaje y un ensayo sobre la Islas Afortunadas. Desde el punto de vista transformista, que admite la transformación de las especies e incluso la creación de especies nuevas, toda copia de la descripción antigua de una especie puede convertirse en sospechosa: el viajero no habrá tomado en cuenta las variaciones impuestas por las modificaciones del territorio y el medio. Al mismo tiempo, puede parecer paradójico que el zoólogo francés la emprenda con tanto brío contra Anderson, quien al fin y al cabo sugiere el descubrimiento de una especie nueva y propia de la isla de Tenerife.

Esta última paradoja se resuelve fácilmente si se toma en cuenta el marco textual en el que se despliega la descripción de Tenerife. El propósito de Bory de Saint-Vincent es demostrar que el archipiélago de las Canarias está compuesto por restos de la Atlántida y que está pues originariamente ligado al continente africano. Se trata pues, para el científico, de defender la idea de que la presencia del Pico [del Teide] de Tenerife no justifica que se la considere una isla volcánica. Si Tenerife fuera una isla volcánica, se comprendería entonces que se hubieran desarrollado en su suelo especies desconocidas y propias de la isla, especies de psitácidos. Si se considera, por el contrario, que Tenerife es la huella de un antiguo continente, hay que admitir también que no puede contener especies indígenas particulares; ningún loro puede ni debe existir en Tenerife, sobre todo si se le tiene por «nativo de la isla».

Así pues, algunas teorías naturalistas han estado manifiestamente al frente de la denuncia, por parte de los viajeros, de la manera en que la copia de viajes anteriores tomaba la delantera, en el género del relato de viaje, a la observación especial y particular. Más exactamente, conscientes de la necesidad en que se encuentra el viajero en tierra conocida de repetir lo que otros han dicho, cierto número de científicos reflexionan sobre el lugar y la naturaleza, en el relato, de una reescritura que pueda ser compatible con la pretensión científica del texto. Podría ocurrir incluso que las teorías de la fijación y del transformismo tuvieran su estricto equivalente poético: quien defiende la recreación de especies idénticas y conocidas concibe muy bien que el viajero, en un determinado lugar, pueda tomar para sí la descripción anterior de una especie; quien defiende la variación y la transformación tenderá a no incentivar copias que no sean críticas, insistiendo siempre sobre las modificaciones de los especímenes descritos. Pero esto sería sin duda ir demasiado deprisa y demasiado lejos. Lo que revela sobre todo el ejemplo de los loros de Cook es la manera en que una simple observación puede ser transformada en la piedra de toque de una manera de escribir el relato de viaje y de concebir sus reglas, en nombre de preceptos científicos. No se trata sólo de sugerir que ciertas tomas de posición científica se ocultan tras la forma o el tono del viaje, sino sobre todo de mostrar que los viajeros científicos que se pliegan a la tradición literaria de la escritura del viaje han tratado también de reconciliar las constantes literarias y los preceptos científicos. La literatura no es aquí un simple ornato destinado a hacer menos aburrida la exposición de las teorías científicas, sino que contribuye a difundir esas teorías encarnándolas en una forma poética renovada. Los loros serían una de las más extremas manifestaciones de la manera en que la literatura «traduce» la ciencia: el relato literario no se refiere explícitamente a teorías

científicas, no se convierte en una exposición didáctica, no se contenta con apropiarse del discurso científico anexionándose: es su reverso. Principios poéticos y preceptos científicos se encuentran pues ligados como las dos caras de una misma realidad.

(Traducción de Amelia Gamoneda.)

Bibliografía

- BORY DE SAINT-VINCENT, J.-B.-G.-M. (1802): *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide ou Précis de l'histoire générale des Canaries*. Paris, Baudouin, Germinal an XI.
- BOURGUET, M.-N. (1996): «Voyage, collecte, collections. Le catalogue de la nature (fin XVIIe - début XIXe siècle)», en Danielle LECOCQ et Antoine CHAMBARD, eds., *Terre à découvrir, terres à parcourir*. Paris, Publications de l'université de Paris VI-Denis Diderot, pp. 184-209.
- BUFFON, G.-L. LECLERC, comte de (1749): *Histoire naturelle générale et particulière*. Paris, Imprimerie Royale, t. I.
- (1779, 1782): *Histoire naturelle des oiseaux*. Paris, Imprimerie Royale, t. VI; t. VII.
- COLEMAN, W. (1963): «Abraham Gottlob Werner vu par Alexandre de Humboldt, avec des notes de Georges Cuvier», *Sudhoffs Archiv für Geschichte der Medizin und der Naturwissenschaften*, LVII (Dezember), pp. 465-478.
- COOK, J. (1784): *A Voyage to the Pacific Ocean undertaken by the Command of His Majesty, For making Discoveries in the Northern Hemisphere*. London, G. Nicol, t. I.
- (1785): *Troisième Voyage abrégé du capitaine Cook dans l'Océan Pacifique*. Paris, Moutard, t. I.
- (1793): *A Voyage to the Pacific Ocean*. London, Champante and Witrow and Watson, t. I.
- (1786): *Cooks Dritte Reise*. Nürnberg und Leipzig, Weigel und Schneider, «Bibliothek der neuesten Reisebeschreibungen», t. VIII.
- (1817): *Troisième Voyage*. Trad. fr. MM. Henry et Breton. Paris, Vve. Lepetit, t. XXIV.
- (1819): *Troisième Voyage de Cook*. Trad. fr. M. D*****. Paris, Raymond, t. I.
- (1967): *Anderson's Journal*, en *The Voyage of the Resolution and Discovery, 1776-1780*. J. C. BEAGLEHOLE, ed. Cambridge, Cambridge University Press, t. II.
- CORSI, P. (2001): *Lamarck. Genèse et enjeux du transformisme 1770-1830*. Paris, CNRS Éditions.
- CUVIER, G. (1800): «Lettre de 1800 à Adrien Gilles Camper», en COLEMAN (1963), p. 477.
- FARBER, P. L. (1997): *Discovering Birds. The Emergence of Ornithology as a Scientific Discipline, 1760-1850*. Boston, D. Reidel, 1982; Baltimore and London, Johns Hopkins University Press.
- FORSTER, G. (1777): *Voyage round the world in His Britannic Majesty Sloop 'Resolution', commanded by Captain James Cook, during the Years 1772, 3, 4 and 5*. London, B. White, t. I.
- HUMBOLDT, A. von (1814): *Relation historique d'un voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, Paris, F. Schoell, t. I; rééd. Stuttgart, Hanno Beck, 1970, t. I.

- (1845): *Kosmos. Entwurf einer physikalischen Weltbeschreibung*, Stuttgart, Tübingen, Cotta, t. I; trad. fr. Henri Faye, Paris, Gide et Baudry, 1846, t. I; Paris, Utz, t. I, 2000.
- LABILLARDIÈRE, J.-J. H. de (1799-1800): *Relation du voyage à la recherche de La Pérouse, fait par ordre de l'Assemblée Constituante pendant les années 1791, 1792, et pendant la première et la deuxième années de la République Française*. Paris, H. J. Jansen, an VIII.
- LAHARPE, J.-F. de (1825): *Abrégé de l'histoire des voyages*, Paris, Hôtel de Thou, 1786, t. XXII; Paris, Ledoux et Tenré, 1816, t. XXII; *Abrégé de l'Histoire des voyages*, Paris, Ménard et Desenne, t. XXII.
- SONNERAT, M. (1776): *Voyage à la Nouvelle-Guinée*. Paris, Ruault.
- URIARTE, C. G. (2006): *Literatura de viajes y Canaria. Tenerife en los relatos de viajeros franceses del siglo XVIII*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- WEBER, A.-G. (2013): *Les Perroquets de Cook ou la fabrique littéraire d'un lieu commun savant*. Paris, Garnier.

TROPELIÁS